

CUMPLIMIENTO DEL DEBER



Tte. Coronel (r) ALBERTO LOZANO CLEVES

El 23 de marzo de 1953, el Batallón "Colombia" escribió más allá de nuestras fronteras una página de heroísmo en la acción de **Old Baldy**, en la que valerosos soldados colombianos defendieron con valor una causa noble y elevada.

El Batallón "Colombia" agregó una página más de gloria a la que nos legaron nuestros libertadores con sus gloriosas campañas que hoy forman la aureola de grandeza que envuelve a nuestra bandera nacional.

Con el siguiente relato se quiere exaltar el esfuerzo de quienes cayeron sacrificados por una causa noble, ratificaron con elevada mística el ideal de la libertad, supieron cumplir con el deber militar y defendieron valerosamente los más caros ideales de los

pueblos amantes de su honor y de su gloria.

Del Quindío, tierra milagrosa, venía Juan Preciado. En su fondo, enmarcado por guaduales pensativos y cultivado con amor, alternaban el cafeto a poca altura sombreado por el plátano y el guamo, el yucal, la roza de maíz y frijol, el potrero, la huerta heterogénea donde aromaban el poleo, la albahaca y la azucena, y allí mismo una casita blanca, llena de paz y alegre como una risa de mujer enamorada, donde vivía Juan con sus numerosos hermanos, dedicado por entero al trabajo y al cuidado de sus padres ancianos.

Cierto día de julio de 1952 salió al pueblo cercano para hacer acostumbradas provisiones semanales; iba con su vestido dominguero, caballero en un potro brioso y fuerte, llevando de cabestro un rocín enjalmado y seguido por un perro lanetas. Su pensamiento viajaba dulcemente, sin importarle los movimientos bruscos ni los accidentes del camino. Su imaginación estaba prendida de su finca, del potrero, de un altozano donde levantaría una casita de madera y sobre todo, llenando su corazón de Consuelo, la novia quinceañera.

Embelesado con estos pensamientos hizo la totalidad del camino y cuando menos lo esperó, irrumpía por las calles del pueblo. Moderó el galope e instintivamente se dirigió al granero que había frecuentado por largo tiempo; allí se reunió con otros amigos que lo invitaron a un aguardiente de caña, y la charla brotó sin dificultad, animada, campesina y buena.

En tanto, un agente de la policía que miraba con curiosidad el grupo, se dirigió a Preciado:

- ¿Es usted Juan Preciado?
- Para servir a usted, soy el mismo.
- Lo necesitan en la Alcaldía.
- ¿Para que será?, vamos, que raro... pero...

Y le informaron que la patria demandaba sus servicios en el Ejército. Se le explicó, entre otras cosas, como gracias a la autoridad podía vivir tranquila su familia y la patria libre. Se le enumeraron muchos de los derechos de que gozaba como ciudadano, y luego se le habló del deber. Por deber debía dejar su fundo, sus padres declinando y su novia campesina, todo lo que hasta ahora había embargado su atención y cuidado, y por deber marcharía como lo hizo ocho días más tarde, para empezar una vida nueva. Aún no entendía muy claro este nuevo concepto del deber, pero desde niño había contemplado las ordenadas columnas de soldados cuando ocasionalmente prestaban algún servicio en su pueblo y secretamente acariciaba la idea de vestir algún día ese mismo uniforme militar.

El cuartel empezó a obrar en forma metódica y segura; Juan Preciado se fue transformando lentamente y nuevas ideas y nuevas preocupaciones se agitaron en su mente.

Pasaron cuatro meses de intensa preparación militar y Preciado se destacó como soldado inteligente, valeroso, franco y de carácter. Su mirada penetrante, su risa alegre y su bien desarrollado cuerpo le daban un as-

pecto interesante; muy pronto se granjeó la estimación de todos los que con él hacían la vida de cuartel, sin excluir a sus superiores, que decían:

"Preciado tiene madera".

Un buen día la anciana madre de Juan leyó, entre otros, los siguientes párrafos de una carta escrita por su hijo:

"Estoy feliz en el cuartel. He aprendido el manejo de las armas y he aprendido cómo y por qué deben ponerse al servicio de la patria. Pronto luciré las jinetas de Cabo 2º pues, mis superiores han sabido distinguirme y recompensar mis esfuerzos. Hay un concepto errado en nuestro pueblo sobre el servicio militar; el cuartel no es un penal ni una cárcel; es verdadera escuela de patriotismo y de virtudes ciudadanas, que nos transforma en todo sentido como podrás apreciarlo por mi carta. Ser soldado de Colombia es mi mayor orgullo".

"Quisiera que me vieras uniformado, con fusil al hombro; me he convertido en un verdadero hombre; pronto te enviaré una foto para que te sientas orgullosa de mí".

"Es muy posible que a principios del mes entrante viaje a Corea como integrante del Batallón Colombia. Estoy ansioso de pertenecer a ese cuerpo que se llenará de gloria en tierras extrañas, de conocer nuevos horizontes y de adquirir la enseñanza práctica de la guerra".

Su madre, que antes leía feliz, al llegar a esta noticia tuvo que suspender la lectura, pues, lágrimas brotaban de

sus ojos opacos tras de las gafas anti-cuadas.

Una rápida determinación y el arreglo de su maleta fueron una misma cosa. Al día siguiente, bajo la lluvia de la madrugada, la anciana llegó a la estación del ferrocarril del pueblo vecino; tomó el tren que se le antojaba lento porque quería volar en alas de la angustiada incertidumbre, y todo el día, perdida la mirada por la ventanilla vió desfilar paisajes que otrora estuvieron vivos y llenos de color, y que ahora carecían de sentido porque todo lo arrojaba el manto de su dolor.

Oscurecía ya cuando llegó a la ciudad e inmediatamente se dirigió al cuartel. Buscaría a su hijo y trataría de disuadirlo; buscaría a los superiores e imploraría, lloraría su amargura de rodillas si fuera el caso, pero reclamaría para sí con ese dulce egoísmo maternal al hijo que nunca antes le diera pena.

Al preguntar por su hijo en el cuerpo de guardia, dijole el Cabo relevante: El soldado Preciado ha salido en cumplimiento de una orden y no le será posible verlo hasta el día de mañana.

Una noche más. Creyó la anciana que trataban de impedir que viera a su hijo; quizá partiría esa misma noche y querían evitar la escena. Qué noche más larga...

Al día siguiente la anciana regresó al cuartel; le hicieron llamar a Juan y éste sorprendido se presentó en el acto; un abrazo tierno y simbólico entre el amor y el deber y una frase esperada: "Hijo, hijo de mi alma, dime

que no te irás; te lo ruego, de rodillas si lo quieres".

Juan Preciado se enderezó un poco, miró a su madre, cariñosa pero francamente y con tono entre dulce y seco le contestó:

"Mucho te debo y mucho te quiero, pero solo Dios me apartará del camino que me indica esa bandera" y mostró el tricolor flotando airoso más arriba de los techos platinados del cuartel. "Allá mismo van mis compañeros escogidos, y allá va mi Teniente, y allá va mi Capitán. No sabría verlos partir orgullosos y valientes y quedarme cobardemente sin poder compartir con ellos el esfuerzo por hacer conocer a Colombia y darle gloria y fama".

La anciana comprendió al instante cómo había cambiado Juan. La misma risa alegre, la misma cara franca, el mismo amor entrañable por su vieja querida, pero... un nuevo Dios, un nuevo amor, un apego distinto había germinado en su corazón. Comprendió cómo sería inútil insistir. Se hizo el propósito de disimular entonces el dolor inmenso que como espina le sangraba el alma, y para no hacerlo sufrir prefirió sufrir sola en silencio. La entrevista se prolongó largo rato más, y al despedirse la anciana lloró por dentro, amargamente, mientras su cara dibujaba una sonrisa que no pudo ser más, sino una mueca.

Allá va Juan Preciado navegando por las aguas del Pacífico, y persiguiendo las olas se van sus pensamientos en busca de la casita ideal en el altozano del potrero; allá va recordando a su novia quinceañera y a la igle-

sita del pueblo; las rosas de la huerta heterogénea en la dulce casita blanca de sus viejos; y no se explica por qué, desde lejanas tierras le ha llegado un olor familiar a limoneros.

¡Corea a la vista...! La tropa apiñada en la borda contempla las tierras desconocidas de Corea.

Pasan los días... En un amanecer brumoso una patrulla, de la que hacía parte Preciado, regresaba de reconocer las posiciones enemigas. Ya cruzaban las propias alambradas y pronto hallarían calor y un poco de café enviado por sus compatriotas, cuando la metralla traidora en ráfagas sucesivas barrió milímetro a milímetro el terreno. Todos cayeron como autómatas movidos eléctricamente, y besaron la tierra que parecía abrirse en su empeño de protegerse contra el suelo, excepto dos compañeros que se doblaron len-

tamente mientras un ¡Ay...! se quebró sobre la nieve. Unos segundos más que parecieron siglos la metralla barrió artera y la patrulla colombiana no daba señales de vida; el enemigo salió de la emboscada y vino a levantar las armas colombianas, cuando una granada de mano seguida por una ráfaga vengadora dobló a su turno la chinesca tropa. Era Juan Preciado, quien herido gravemente tuvo el valor para cobrar sus muertos e impedir el robo de las armas.

Ultimamente la anciana recibió una carta; era la última escrita por su hijo que le decía:

“Repuesto de mis heridas y licenciado después de ser relevado con los valientes del Batallón Colombia, vuelvo a tu lado, unos días nada más, porque hace mucho tiempo que me robó Consuelo”.